El hermano amargado



Mayo 3 *Como Pedro, Miguel y Tomás Jiménez se lo relataron a Misión* MÉXICO

Pedro entró malhumorado a la casa. Tenía el rostro desfigurado por el enojo y el odio. «¡Si alguna vez vuelvo a ver a Miguel, lo voy a matar!» —exclamó con rabia. Buscó su rifle y lo revisó para asegurarse de que estuviera cargado.

—Pedro, por favor no vayas a herir a nadie —le suplicó su esposa.

Pedro la ignoró y volvió a guardar cuidosamente el fusil en el armario.

Años de enojo, años de angustia

Pedro y Miguel son hermanos. Viven cerca el uno del otro, a la orilla de un lago en el sureste de México, donde se ganan la vida como pescadores. Ambos eran hermanos muy unidos, hasta que Miguel traicionó a Pedro y éste juró vengarse.

Sin embargo, una semana más tarde, Pedro escuchó una voz que lo reconvino diciéndole que no era bueno lo que planeaba hacer. Pedro le quitó las balas al fusil, pero rehusó perdonar a su hermano por lo que le había hecho. Durante más de dos años alimentó su odio contra Miguel y le advirtió que se mantuviera alejado de él. Miguel sabía que Pedro le quitaría la vida si encontraba la oportunidad.

El mediador

Tomás es mayor que Pedro y Miguel. Los dos hermanos lo respetaban. Varios años antes Tomás se había convertido a la fe adventista. Diariamente oraba pidiendo a Dios que le mostrara lo que debía hacer para reconciliar a sus dos hermanos más jóvenes de modo que abandonaran su enojo y evitaran el derramamiento de sangre.

Dos año después que comenzó la enemistad, Tomás invitó a Miguel a que asistiera a las reuniones evangélicas que la iglesia estaba dictando. En esos días Miguel contrajo matrimonio y deseaba hallar paz para su vida. Él, en compañía de Lucila —su esposa—, asistieron a las reuniones. Ambos se sintieron atraídos a Cristo, y el pastor los visitó invitándolos a darle sus corazones a Dios. Era evidente que Lucila y Miguel anhelaban tener vidas transformadas. Pero Miguel se mostró intranquilo durante toda la visita. Por fin confesó:

—Deseo ser bautizado, pero tengo un problema con mi hermano.

El pastor observó que Miguel estaba llorando, y le preguntó cómo podía ayudarlo. Miguel le explicó que le había hecho mucho daño a su hermano; que Pedro todavía estaba enojado con él y seguía con planes de matarlo. El pastor ofreció hablar con Pedro referente al problema.

Después el ministro le pidió a Tomás que lo acompañara a visitar a Pedro.

—Si pretenden hablarme de Miguel, olvídense —dijo Pedro de mal modo. Pero movido por el respeto que le tenía a Tomás, accedió en escuchar al pastor.

El pastor invitó a Pedro para que asistiera a las reuniones evangelizadoras. No obstante se negó a ir, y además rehusó permitir que su esposa, Ernestina, asistiera. Tomás le suplicó a Pedro que perdonara a su hermano.

—¡No, nunca! —rugió Pedro.

—¿Podemos orar? —preguntó el pastor.

Pedro asintió con la cabeza. Pero cuando el ministro le pidió a Dios que le diera a Pedro un corazón perdonador, éste juró que jamás perdonaría a Miguel.

Un sueño y un deseo

Después que Tomás y el pastor salieron de su casa, Pedro hervía de rabia. Quería emborracharse, pero no pudo; trató de comer, pero no sintió apetito. Su enojo le carcomía el alma. Frustrado, entró desesperado a su recámara, cayó de rodillas y oró: «¡Dios, perdóname! Este odio contra Miguel nos está dañando, a mí y a mi familia. Por favor cambia mi vida y mi corazón.» Esa noche estuvo inquieto durante horas en su cama, hasta que al fin se durmió.

Soñó que él y Tomás estaban en su bote pescando, cuando un tremendo trueno reventó de repente rasgando el cielo. El rayo hirió la tierra, y los ángeles volaron a la tierra por el cielo abierto. Entonces escuchó una voz que le decía: «Si hubieras perdonado a Miguel, entonces Dios habría podido perdonarte.»

Pedro se sintió irremisiblemente perdido. Entonces un hombre vestido con una túnica blanca le anunció: «Jesús viene pronto. Vé y pide perdón.» Pedro despertó llorando. Estaba convencido de que Dios deseaba que perdonara a su hermano. Pero, ¿sería él capaz de hacerlo?

Al día siguiente Pedro le indicó a su esposa que esa noche asistirían a la reunión de evangelismo. Cuando entraron, Pedro divisó a Miguel y su esposa sentados al otro lado del salón. Cuando el pastor invitó a que pasaran al frente los que deseaban entregarle sus vidas a Dios, ambas parejas caminaron hasta la plataforma. Al término de la reunión el pastor se entrevistó con los hermanos y les dijo:

—Pedro, Miguel anhela de todo corazón pedirte que lo perdones. Miguel, aquí está Pedro. Antes que Dios los pueda perdonar, ustedes dos deben perdonarse mutuamente.

Miguel le pidió perdón a Pedro por haberle causado tanto daño. Pedro aceptó el arrepentimiento de su hermano, y le pidió perdón a Miguel por haberlo odiado con tan malos deseos de venganza. Y ambos hermanos se abrazaron sollozando como niños.

Pedro y Miguel hicieron una fiesta con el fin de celebrar su reconciliación. Los dos hermanos y sus esposas se bautizaron juntos. Los que habían sido enemigos, nuevamente eran hermanos: hermanos de sangre y hermanos en Cristo. Ahora Miguel y Pedro, con sus esposas, participan en la dirección de un grupo pequeño de evangelismo y estudian la Biblia con doce familias.

Parte de las ofrendas de este decimotercer sábado se destinarán a la construcción de templos para muchas congregaciones del centro y sur de México. Gracias por sostener los brazos de los creyentes de la Unión Mexicana Interoceánica.